AUGUSTE COMTE: *Discurso sobre el espíritu positivo.* Madrid: Aguilar.

RENÈ HUBERT: *Comte. Selección de textos*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Discurso sobre el Espíritu Positivo

AUGUSTE COMTE

Significados de la palabra positivo

(*Discurso preliminar sobre el espíritu positivo*)

Considerada en primer lugar en su acepción más antigua y común, la palabra positivo designa lo real, por oposición a lo quimérico: en este aspecto conviene plenamente al nuevo espíritu filosófico, caracterizado así como consagrado constantemente a las investigaciones verdaderamente asequibles a nuestra inteligencia, con exclusión permanente de los impenetrables misterios que la embarazaron, especialmente en su infancia. En un segundo sentido, muy próximo al precedente, pero distinto, indica el contraste entre lo útil y lo inútil: recuerda así, en filosofía, el debido destino de todas nuestras justas especulaciones en pro de la mejora continua de nuestra condición, individual y colectiva en lugar de la vana satisfacción de una curiosidad estéril. Su tercer significado usual señala la oposición entre la certeza y la indecisión: indica así la aptitud característica de tal filosofía para construir espontáneamente la armonía lógica en el individuo y la comunión espiritual entre toda la especie, en vez de aquellas dudas indefinidas y aquellas discusiones interminables que necesariamente suscitaba el antiguo régimen mental. Una cuarta acepción ordinaria, frecuentemente confundida con la anterior, consiste en oponer lo preciso a lo vago: este sentido recuerda la tendencia constante del verdadero espíritu filosófico a obtener en todo el grado de precisión compatible con la naturaleza de los fenómenos y conforme con la exigencia de nuestras verdaderas necesidades, mientras que la antigua manera de filosofar conducía necesariamente a opiniones vagas, por no implicar la indispensable disciplina y regirse por la sumisión a una autoridad sobrenatural.

Hay que subrayar, por último, una quinta aplicación, menos usada que las otras aunque igualmente universal: el empleo de la palabra positivo como lo contrario de negativo. En este sentido, indica una de las más eminentes propiedades de la verdadera filosofía, mostrándola especialmente destinada por su naturaleza no a destruir, sino a organizar. Los cuatro caracteres generales que acabamos de recordar la distinguen a la vez de todos los modos posibles —teológicos o metafísicos—propios de la filosofía inicial. Mas esta última significación, que indica una tendencia continua del nuevo espíritu filosófico, ofrece hoy especial importancia para caracterizar directamente una de sus principales diferencias, no ya con el espíritu teológico, que fue, durante mucho tiempo, orgánico, sino con el espíritu metafísico propiamente dicho que jamás ha podido ser más que critico. Cualquiera que haya sido, en efecto, la acción disolvente de la ciencia real, siempre fue indirecta y secundaria: su mismo defecto de sistematización ha impedido hasta ahora que pudiera ser de otro modo, y el gran papel orgánico que ahora se le confiere, se opondría en adelante a tal atribución accesoria y superflua. La sana filosofía rechaza radicalmente, es cierto, todas las cuestiones necesariamente insolubles; pero, al explicar tal repudio, evita negar algo respecto a ellas, pues ello contradeciría a ese desuso sistemático que debe, por sí solo, acarrear la extinción de todas las opiniones verdaderamente indiscutibles. Más imparcial y tolerante para con ellas, en vista de su común indiferencia, que pudieran serlo sus opuestos partidarios, se atiende a apreciar históricamente su influencia respectiva, las condiciones de su duración y las causas de su decadencia, sin pronunciar jamás negación absoluta alguna, ni aun tratándose de las doctrinas más antipáticas al estado actual de la razón humana entre los pueblos cultos.

El único carácter esencial del nuevo espíritu filosófico que no hemos especificado aún dentro de la palabra positivo es su tendencia necesaria a sustituir en todo a lo absoluto por lo relativo. Pero este gran atributo, científico y lógico a la vez, es tan inherente a la naturaleza fundamental de los conocimientos reales, que su consideración general no tardará en unirse íntimamente a los diversos aspectos que esta fórmula combina ahora, cuando el moderno régimen intelectual, parcial y empírico hasta aquí, pase en general al estado sistemático. La quinta acepción que acabamos de apreciar es especialmente apropiada para determinar esta última condensación del nuevo lenguaje filosófico, plenamente constituido desde entonces, según la evidente afinidad de las dos propiedades. Se concibe, en efecto, que la naturaleza absoluta de las viejas doctrinas—teológicas o metafísicas—determinase necesariamente a cada una de ellas a resultar negativa respecto a todas las demás, so pena de degenerar ella misma en un absurdo eclecticismo. Pero, al contrario, la nueva filosofía, gracias a su genio relativo puede apreciar siempre el valor propio de las teorías que le sean más opuestas, sin acabar en vanas concesiones, capaces de alterar la nitidez de sus miras o la firmeza de sus decisiones.

Caracteres generales de la filosofía positiva

(Del *Discurso preliminar sobre el conjunto del positivismo*)

Considerando en su conjunto esta sumaria apreciación del espíritu fundamental del positivismo, hay que notar ahora que todos los caracteres esenciales de la nueva filosofía se resumen espontáneamente en la calificación que le apliqué desde su nacimiento. En efecto, todas nuestras lenguas occidentales Concuerdan en indicar con la palabra positivo y sus derivados los dos atributos de realidad y utilidad, cuya combinación bastaría para definir de aquí en adelante el verdadero espirito filosófico, que no puede ser, en el fondo, sino el buen sentido generalizado y sistematizado. Este mismo término recuerda también en todo el Occidente las cualidades de certeza y precisión que distinguen profundamente a la razón moderna de la antigua. Una última acepción universal caracteriza sobre todo la tendencia directamente orgánica del espíritu positivo, separándole, a pesar de la alianza preliminar, del mero espíritu metafísico, que sólo puede ser critico: se anuncia así el destino social del positivismo, para reemplazar al teologismo en el gobierno espiritual de la humanidad.

Esta quinta significación del titulo esencial de la sana filosofía conduce naturalmente al carácter siempre relativo del nuevo régimen intelectual, ya que la razón moderna no puede dejar de ser critica frente al pasado si no renuncia a todo principio absoluto. Cuando el público occidental haya comprendido esta última conexión, no menos real que las precedentes, aunque más escondida, lo positivo vendrá a ser definitivamente inseparable de lo relativo, como ya lo es de lo orgánico, lo preciso, lo cierto, lo útil y lo real. En esta condensación gradual de los principales titulas de la verdadera sabiduría humana en torno de una feliz denominación, sólo falta la reunión, necesariamente más tardía, de los atributos morales a los simples caracteres intelectuales. Aunque hasta ahora esta fórmula decisiva recordase sólo a éstos, la marcha natural del movimiento moderno permite asegurar que la palabra positivo tomará finalmente un destino aun más relativo al corazón que al espíritu.

Esta última extensión se cumplirá cuando se haya apreciado dignamente cómo, en virtud de esta realidad, única que le caracteriza, el impulso positivo lleva hoy a hacer prevalecer sistemáticamente el sentimiento sobre la razón, asé como sobre la actividad. Por tal transformación, el nombre de filosofía tomará para siempre el noble destino inicial que recuerda su etimología y que sólo se ha hecho realizable tras la reciente conciliación de las condiciones morales con las mentales, de acuerdo a la fundación definitiva de la verdadera ciencia social.

Objeto de la filosofía positiva

(*Curso de filosofía positiva*)

En el estado primitivo de nuestros conocimientos no existe división regular alguna entre nuestros trabajos intelectuales: todas las ciencias son cultivadas simultáneamente por los

mismos espíritus. Este modo de organización de los estudios humanos—inevitable y aun indispensable, como comprobaremos más tarde—cambia poco a poco a medida que se desarrollan los diversos órdenes de concepciones. Por una ley cuya necesidad es evidente, cada rama del sistema científico se separa insensiblemente del tronco cuando ha crecido lo suficiente como para sostener una cultura independiente; es decir, cuando es capaz de poder ocupar por sé sola la actividad permanente de algunas inteligencias. A este reparto de las diversas clases de investigaciones entre diversos grupos de sabios, debemos evidentemente el desarrollo tan notable que ha tomado en nuestros días cada rama de los conocimientos humanos y que demuestra la imposibilidad, para los modernos, de aquella universalidad de investigaciones especiales, tan fácil y común en los tiempos antiguos. En una palabra, la división del trabajo, intelectual, perfeccionada cada vez más, es uno de los atributos característicos más importantes de la filosofía positiva.

Pero, aun reconociendo los prodigiosos resultados de esta división y aun viendo en ella la verdadera base fundamental de la organización general del mundo sabio, hay que comprender también los capitales inconvenientes que engendra en su estado actual por la excesiva particularidad de ideas que ocupan exclusivamente cada inteligencia individual. Tan perjudicial efecto es hasta cierto punto inevitable, como inherente al principio mismo de la división, es decir, que en modo alguno llegaremos a igualar a los antiguos, cuya superioridad en esto se basaba principalmente en el poco desarrollo de sus conocimientos. Pero podemos—creo—por medios convenientes, evitar los efectos más perniciosos de la especialidad exagerada, sin perjudicar la influencia vivificadora de la distribución de las investigaciones.

En efecto, basta hacer del estudio de las generalidades científicas una gran especialidad más. Que una nueva clase de sabios, preparados por una educación conveniente, sin entregarse al cultivo especial de ninguna rama particular de la filosofía natural y considerando las diversas ciencias positivas en su estado actual, se ocupe exclusivamente de determinar con precisión el espíritu de cada una, de descubrir sus relaciones y su encadenamiento y de resumir, si es posible, todos sus principios propios en el menor número de principios comunes, ajustándose siempre o las máximas fundamentales del método positivo. Que, simultáneamente, los otros sabios, antes de entregarse a sus respectivas especialidades, se dispongan, mediante una educación que abarque el conjunto de los conocimientos positivos, a aprovechar inmediatamente la Ilustración extendida por estos sabios dedicados al estudio de las generalidades, y unos y otros, recíprocamente, a rectificar sus resultados, estado de cosas a que se aproximan de día en día los sabios actuales.

Este es el destino que yo preveo para la filosofía positiva en el sistema general de las ciencias positivas propiamente dichas. (...)

Cuando se trata no sólo de saber lo que es el método positivo, sino de tener de él un conocimiento lo bastante claro y profundo como para utilizarlo efectivamente, hay que considerarlo actuando: hay que estudiar las diversas y grandiosas aplicaciones bien comprobadas que de él ha hecho ya el espíritu humano. En una palabra, sólo es posible llegar a él mediante el examen filosófico de las ciencias. No es posible estudiar el método aisladamente de las investigaciones en que se emplea, o resulta un estudio muerto, incapaz de fecundar el espíritu que a él se dedique. Todo lo real que de él se puede decir cuando se lo enfrenta en abstracto, se reduce a generalidades tan vagas que en nada Afluirán sobre el régimen intelectual. Si alguien establece lógicamente que nuestros conocimientos deben fundarse en la observación, que debemos proceder a veces de los hechos a los principios y a veces de los principios a los hechos, u otros aforismos análogos, conocerá mucho menos el método que si ha estudiado un poco profundamente una sola ciencia positiva, aun sin intención filosófica. Por haber desconocido este hecho esencial, nuestros psicólogos son inducidos a tomar sus ilusiones como ciencia, creyendo comprender el método positivo por haber leído los preceptos de Bacon o los discursos de Descartes.

No sé si más adelante se podrá hacer a priori un verdadero curso de método totalmente independiente del estudio filosófico de las ciencias; pero estoy seguro de que hoy es irrealizable, pues los grandes procedimientos lógicos no pueden aún ser explicados con la precisión suficiente aisladamente de sus aplicaciones. Me atrevo a añadir, además, que, aun

cuando tal empresa pudiese realizarse inmediatamente—lo que, en efecto, es concebible—, sólo por el estudio de las aplicaciones regulares de los procedimientos científicos podríamos llegar a formarnos un buen sistema de hábitos intelectuales, objeto esencial del método. (...)

Considerando, a través de este curso, la sucesión de las diversas clases de fenómenos naturales, haré resaltar cuidadosamente una ley filosófica muy importante y totalmente inadvertida hasta hoy, cuya primera aplicación quiero señalar aquí. Consiste en que, a medida que los fenómenos que hay que estudiar son más complicados, resultan más susceptibles, por su naturaleza, de medios de exploración más extensos y variados, sin que, desde luego, haya exacta compensación entre el crecimiento de las dificultades y el aumento de éstos; por ello, a pesar de esta armonía, las ciencias dedicadas a los fenómenos más complejos—siguiendo la escala enciclopédica establecida desde el comienzo de esta obra—son las más imperfectas. Así, los fenómenos astronómicos, por ser los más simples, deben ser los que se encuentran con medios de exploración más limitados.

Nuestro arte de observar se compone, en general, de tres procedimientos diferentes: primero, observación propiamente dicha, o sea, examen directo del fenómeno tal como se presenta naturalmente; segundo, experimentación, o sea, contemplación del fenómeno más o menos modificado por circunstancias artificiales que intercalamos expresamente buscando una exploración más perfecta, y tercero, comparación, o sea, la consideración gradual de una serie de casos análogos en que el fenómeno se vaya simplificando cada vez más. (...)

El lugar de la sociología

(*Sistema de política positiva. Discurso preliminar*)

Cuando hemos ordenado todas las leyes abstractas de los diversos modos generales de actividad real, la apreciación efectiva de cada sistema particular de existencia deja enseguida de ser puramente empírico, aunque la mayoría de las leyes concretas nos sean aún desconocidas. Esto es especialmente sensible en el caso más difícil e importante: pues nos basta, evidentemente, conocer las principales leyes—estáticas y dinámicas—de la sociabilidad, para sistematizar convenientemente toda nuestra existencia pública y privada, de modo que perfeccionemos mucho el conjunto de nuestros destinos. Si la filosofía alcanza tal objeto (cosa ya indudable), no habrá que lamentar que no pueda explicar suficientemente todos los regímenes sociales que el tiempo y el espacio presenten a nuestras contemplaciones. Disciplinada por el verdadero sentimiento, la razón moderna sabrá en adelante regular sabiamente tal curiosidad indefinida que consumirla en búsquedas ociosas las débiles facultades especulativas de que la humanidad saca sus más preciosos recursos para su difícil lucha contra los vicios del orden natural. El descubrimiento de las principales leyes concretas podría, sin duda, contribuir mucho a la mejora de nuestros destinos exteriores y aun interiores; en este campo, especialmente, tiene nuestro porvenir científico amplia cosecha. Pero su conocimiento no es en modo alguno indispensable para permitir hoy la sistematización total que debe llenar, respecto al régimen final de la humanidad, el oficio fundamental que en otro tiempo cumplió la coordinación teológica respecto al régimen inicial. Esta inevitable condición no exige sino la mera filosofía abstracta; de suerte que la regeneración sería posible aún cuando la filosofía concreta jamás llegase a ser satisfactoria.

Resulta así, que la construcción de la unidad especulativa se halla tan elaborada en Occidente, que los verdaderos pensadores predispuestos a ella pueden comenzar, sin aplazamientos, la reorganización moral que debe preceder y dirigir a una efectiva reorganización política. Porque la teoría evolutiva antes mencionada constituye, bajo otro aspecto, una sistematización directa de nuestras concepciones abstractas sobre el conjunto del orden natural.

Para comprenderlo, basta tratar a nuestros diversos conocimientos reales como componentes de una ciencia única, la de la humanidad, de la que son preámbulo y desarrollo nuestras demás especulaciones positivas. Pero su elaboración directa exige, evidentemente, una doble preparación fundamental, relativa primero al estudio de nuestra condición exterior y después, al de nuestra naturaleza interior, pues la sociabilidad no sería comprensible sin la suficiente

apreciación previa del medio en que se desenvuelve y del agente que la manifiesta. Antes de abordar la ciencia final, es preciso haber esbozado suficientemente la teoría abstracta del mundo exterior y la de la vida individual, para determinar la influencia continua de las leyes correspondientes sobre las que son propias de los fenómenos sociales. Esta preparación no es menos indispensable lógica que científicamente para adaptar nuestra pobre inteligencia a las especulaciones difíciles mediante el suficiente hábito de las fáciles. Finalmente, en esta iniciación doblemente necesaria, preferimos el orden inorgánico al orgánico, ya por la influencia preponderante de las leyes relativas a la existencia más universal sobre los fenómenos propios de la más especial, ya por la expresa obligación de estudiarla, conforme el método positivo, en sus aplicaciones más simples y características. Sería superfluo recordar aquí aún más los principios que mi obra fundamental ha establecido tan ampliamente.

La filosofía social debe, pues, en todos los aspectos, ser preparada por la natural propiamente dicha, primero inorgánica y después orgánica. Esta indispensable preparación de una construcción reservada a nuestro siglo se remonta así hasta la creación de la astronomía en la antigüedad. Los modernos la han completado esbozando la biología, de la que sólo fueron asequibles a los antiguos las nociones estáticas. Pero, a pesar de la subordinación necesaria de estas dos ciencias, su diversidad demasiado pronunciada y su encadenamiento demasiado indirecto impedirán concebir el conjunto del preámbulo fundamental, si, por una condensación exagerada, se intentase reducirle a sus términos extremos. Entre ellos, la química ha venido, en la edad media, a constituir un lazo indispensable que ya permitía entrever la verdadera unidad especulativa, por la sucesión natural de estas tres ciencias preliminares que conducían gradualmente a la ciencia final. Pero tal intermediaria, aunque bastante próxima al término biológico, no bastaría, por estar demasiado alejada del término astronómico, cuyo ascendiente directo exigía el empleo de condiciones artificiosas y aun quiméricas, capaces sólo de una eficacia pasajera. La verdadera jerarquía de las especulaciones elementales no ha podido, por tanto, comenzar a manifestarse hasta el anteúltimo siglo, cuando la física propiamente dicha ha hecho surgir una clase de contemplaciones inorgánicas que llega a la astronomía por su rama más general y a la química por la más especial. Para comprender esta jerarquía de acuerdo a su destino, basta referirla a su necesario origen, elevándola a especulaciones tan simples y universales que su positividad pudiese ser directa y espontánea. Tal es el carácter notorio de las concepciones puramente matemáticas, sin las cuales no podía nacer la astronomía. Sólo ellas constituyen siempre, en la educación individual y en la evolución colectiva, el verdadero punto de partida de la iniciación positiva, como relativas a especulaciones que, aun bajo la más completa dominación del espíritu teológico, suscitan necesariamente cierto remonte sistemático del espíritu positivo, extendido pronta y gradualmente a los temas que antes le estaban más prohibidos.

Conforme a estas sumarias indicaciones, la serie natural de las especulaciones fundamentales se constituye de por sí cuando se alinean, según su generalidad decreciente y su complicación creciente, los seis términos esenciales cuya introducción ha sido así determinada, y tal disposición hace resaltar en seguida sus verdaderas relaciones mutuas. Esta operación coincide, evidentemente, con la clasificación propia de la teoría evolutiva antes citada, que puede, por tanto, ser concebida como ofertara de una base directa para la sistematización abstracta, de donde depende—como acabamos de ver—el conjunto de la síntesis humana. La coordinación usual así establecida entre los elementos necesarios de todas nuestras concepciones reales constituye ya una verdadera unidad especulativa, cumpliéndose el deseo confuso de Bacon sobre la construcción de una *escalla intelectui* que permitiese a nuestros pensamientos habituales pasar sin esfuerzo de los menores a los más eminentes temas o a la inversa, con sentimiento continuo de su íntima solidaridad natural. Cada una de estas seis ramas esenciales de la filosofía abstracta, aunque muy distinta en su parte central de sus dos adyacentes, se adhiere profundamente a la precedente por su origen y a la siguiente por su fin. La homogeneidad y la continuidad de tal construcción son más completas si el principio mismo de clasificación, aplicado de modo más especial, determina también la verdadera distribución interior de las diversas teorías que componen cada rama. Por ejemplo, las tres grandes clases de especulaciones matemáticas, primero numéricas, después geométricas y finalmente mecánicas, se suceden y coordinan entre sí conforme a la misma ley que preside la formación de la escala fundamental. Mi tratado filosófico ha demostrado plenamente que semejante armonía interior existe en todo lugar. La serie general constituye así el resumen

más conciso de las más vastas meditaciones abstractas, y, recíprocamente, todos los estudios especiales bien orientados culminan en otros tantos desarrollos parciales de esta jerarquía universal. Aunque cada parte exige inducciones distintas, cada una recibe de la anterior una influencia deductiva que será siempre tan indispensable para su constitución dogmática como lo fue al principio para su iniciación histórica. Todos los estudios preliminares preparan así la ciencia final que en adelante actuará sin cesar sobre su cultivo sistemático para hacer prevalecer, al fin, el verdadero espíritu de conjunto, siempre unido al verdadero sentimiento social. Esta indispensable disciplina no resultará opresora, ya que su principio concilia espontáneamente las condiciones permanentes de una sabia independencia con las de un concurso real. Subordinando, por su propia composición, la inteligencia a la sociabilidad, tal fórmula enciclopédica, eminentemente susceptible de popularizarse, coloca todo el sistema especulativo bajo la vigilancia—que es protección—de un público ordinariamente dispuesto a contener, en los filósofos, los diversos abusos inherentes al estado continuo de abstracción que su oficio les exige.

La ley de los tres estados

(*Curso de filosofía positiva,* lección 57)

Guiado siempre por los principios lógicos sentados en el tomo cuarto acerca de la extensión general del método positivo al estudio racional de los fenómenos sociales, he ido aplicando al conjunto del pasado mi ley fundamental de la evoquen humana, a la vez mental y social, demostrada alón de ese mismo volar y consistente en el paso necesario y universal de la humanidad por tres estados sucesivos: el teológico o preparatorio, el metafísico o transitorio y el positivo final. El acertado uso de esta sola ley me ha permitido explicar científicamente las grandes fases históricas, principales grados sucesivos de este invariable desarrollo, apreciando así el verdadero carácter general propio de cada una de ellas, su emanación natural de la precedente y su tendencia espontánea hacia la siguiente; de donde luego, por primera vez, la concepción usual de un enlace homogéneo y continuo en la serie de los tiempos anteriores, desde el primer destello de la inteligencia y de la sociedad hasta el actual estado refinado de la humanidad. Por inmenso que pueda parecer tal intervalo, hemos visto que se ha ido llenando con los dos primeros grados de la evolución fundamental, constituyendo así el conjunto de la educación preliminar, intelectual, moral y política, propias de nuestra especie, cuyo estado definitivo no ha podido ser hasta aquí suficientemente esbozado sino con la preparación parcial, aislada y empírica de sus diversos elementos principales. Pero, al menos, hemos reconocido de modo irrecusable, que este lento y penoso preámbulo de la humanidad, caracterizado por la preponderancia de la imaginación sobre la razón y de la actividad guerrera sobre la pacífica, ha sido totalmente cumplido por los pueblos más avanzados, ya que hemos podido seguir en toda su extensión el proceso de la era teológica y militar, viendo primero su inicial desarrollo espontáneo, después su completa extensión mental o social, y, finalmente, su irrevocable decadencia, determinada por el acrecentamiento continuo de la influencia metafísica, bajo el impulso creciente de los brotes positivos Estas tres fases principales de nuestro pasado han correspondido exactamente a las tres formas generales que afecta sucesivamente el espíritu teológico, necesariamente fetichista en su iniciación, politeísta en su época esplendorosa y monoteísta durante su inevitable decadencia. La elaboración histórica debía, pues, consistir aquí en apreciar especialmente el modo propio de participación de cada una de esas edades consecutivas en el destino general, indispensable aunque provisional, que, según nuestra teoría dinámica, corresponde al estado teológico en la evolución fundamental de la humanidad, época en que esta filosofía primitiva, a pesar de sus grandes dificultades y gracias a su admirable espontaneidad, es la única capaz de determinar el primer despertar de las diversas facultades intelectuales, morales y políticas que constituyen la permanencia de nuestra especie, y de dirigir su desarrollo hasta que comience a ser posible el estado definitivo.(...)

Conforme a este resumen general, nuestra apreciación histórica del conjunto del pasado humano constituye evidentemente una verificación decisiva de la teoría fundamental de evolución que he fundado y que—me atrevo a decir—está tan plenamente demostrada como ninguna otra ley esencial de la filosofía natural. Desde los comienzos de la civilización hasta la situación presente de los pueblos más adelantados, esta teoría nos ha explicado, sin incon-

secuencia y sin pasión, el verdadero carácter de las grandes fases de la humanidad, la participación propia de cada una de ellas en la eterna elaboración común y su exacta filiación, poniendo así unidad perfecta y rigurosa continuidad en ese inmenso espectáculo donde se ve de ordinario tanta confusión e incoherencia. Una ley que ha podido llenar suficientemente tales condiciones no puede pasar por un simple juego del espíritu filosófico y contiene efectivamente la expresión abstracta de la realidad general. Tal ley puede, pues, ser empleada ahora, con seguridad racional, en unir el conjunto del porvenir con el del pasado, a pesar de la perpetua variedad que caracteriza la sucesión social, cuya marcha, sin ser periódica, se halla referida a una regla constante que, casi imperceptible en el estudio aislado de una fase demasiado circunscrita, resulta profundamente irrecusable cuando se examina la progresión total. El uso gradual de esta gran ley nos ha conducido a determinar, al abrigo de todo arbitrio, la tendencia general de la civilización actual, señalando con rigurosa precisión el paso ya alcanzado por la evolución fundamental; de donde resulta la indicación necesaria de la dirección que hay que imprimir al movimiento sistemático para hacerle converger exactamente con el movimiento espontáneo. Hemos reconocido claramente que lo más selecto de la humanidad, después de haber agotado las fases sucesivas de la vida teológica y aun los diversos grados de la transición metafísica llega ahora al advenimiento directo de la vida plenamente positiva, cuyos principales elementos han recibido ya la necesaria elaboración parcial y no esperan más que su coordinación general para constituir un nuevo sistema social, más homogéneo y estable que jamás pudo serlo el sistema teológico, propio de la sociabilidad preliminar. Esta indispensable coordinación deber ser, por su naturaleza, primero intelectual, después moral y finalmente política, ya que la revolución que se trata de consumar proviene, en último análisis, de la tendencia del espíritu humano a reemplazar el método filosófico propio de su infancia, por el que conviene a su madurez. Toda tentativa que no se remonte hasta esta fuente lógica, será impotente contra el desorden actual, que sin duda alguna, es ante todo mental. Pero, bajo este aspecto fundamental, el simple conocimiento de la ley de evolución viene a ser el principio general de tal solución, estableciendo entera armonía en el sistema total de nuestro entendimiento, por la universal preponderancia así procurada al método positivo, tras su extensión directa e irrevocable al estudio racional de los fenómenos sociales, los únicos que hasta hoy no han sido suficientemente interpretados por los espíritus más avanzados. En segundo lugar, este extremo cumplimiento de la evolución intelectual tiende a hacer prevalecer en adelante el verdadero espíritu de conjunto y, por tanto, el verdadero sentimiento del deber, a él unido por naturaleza, conduciendo así naturalmente a la regeneración moral. Las reglas morales no peligran hoy sino por su adherencia exclusiva a concepciones teológicas justamente desacreditadas; ellas tomarán irresistible vigor cuando estén convenientemente enlazadas con nociones positivas generalmente respetadas. Finalmente, bajo el aspecto político, es análogamente indudable que esta íntima renovación de las doctrinas sociales no se cumpliría sin hacer surgir, por su ejecución misma, del seno de la anarquía actual, una nueva autoridad espiritual que, después de haber disciplinado las inteligencias y reconstruido las costumbres, se convertirá pacíficamente, en toda la extensión del Occidente europeo, en la primera base esencial del régimen final de la humanidad. Resulta así que la misma concepción filosófica que, aplicada a nuestra situación, aclara en ella la verdadera naturaleza del problema fundamental, proporciona espontáneamente, en todo sentido, el principio general de la verdadera solución y caracteriza así la marcha necesaria de ella.

Metodología de las ciencias sociales

(*Curso de filosofía positiva,* lección 48)

Una marcha gradual nos conduce a la apreciación directa de esta última parte del método comparativo que debo distinguir, en sociología, con el nombre de método histórico, propiamente dicho, en el que reside esencialmente, por la naturaleza de tal ciencia, la única base fundamental en que realmente puede descansar el sistema de la lógica positiva.

La comparativa histórica de los diversos estados consecutivos de la humanidad no es el único artífice científico de la nueva filosofía política; su desarrollo racional formará también directamente el fondo mismo de la ciencia en todo sentido. Precisamente en esto debe distinguirse la ciencia sociológica de la biológica propiamente dicha, como explicaré con

detalles en la lección siguiente. En efecto, el principio positivo de esta indispensable separación filosófica resulta de cierta influencia de las diversas generaciones humanas sobre las generaciones siguientes, la cual, gradual y continuamente acumulada, acaba por constituir la consideración preponderante del estudio directo del desarrollo social. Hasta que tal preponderancia no es reconocida, este estudio positivo de la humanidad debe parecer racionalmente un mero prolongamiento espontáneo de la historia natural del hombre. Pero este carácter científico, muy conveniente si se limita a las primeras generaciones, se borra cada vez más a medida que la evolución social se manifiesta, y debe transformarse finalmente, cuando el movimiento humano esté bien establecido, en un carácter nuevo, directamente propio de la ciencia sociológica, en que deben prevalecer las consideraciones históricas. Aunque este análisis histórico no parece destinado, por su naturaleza, más que a la sociología dinámica, es, sin embargo, indudable que alcanza al sistema entero de la ciencia, sin distinción de partes, en virtud de su perfecta solidaridad. Además de que la dinámica social constituye el principal objeto de la ciencia, se sabe—como antes expliqué—que la estática social es, en el fondo, racionalmente inseparable de ella, a pesar de la utilidad real de tal distinción especulativa, ya que las leyes de la existencia se manifiestan sobre todo durante el movimiento.

No sólo desde el punto de vista científico propiamente dicho debe el uso preponderante del método histórico dar a la sociología su principal carácter filosófico, sino también, y quizá de un modo más pronunciado, bajo el aspecto puramente lógico: en efecto, se debe reconocer—como estableceré en la lección siguiente—que, con la creación de esta nueva rama esencial del método comparativo, fundamental, la sociología perfeccionará también a su vez, siguiendo un modo exclusivamente reservado a ella, el conjunto del método positivo, en beneficio de toda la filosofía natural, con tal importancia científica que apenas puede ser hoy entrevista por los demás claros espíritus. Desde ahora, podemos señalar que este método histórico ofrece la verificación más natural y la aplicación más extensa de ese atributo característico que hemos demostrado anteriormente en la marcha habitual de la ciencia sociológica, y que consiste sobre todo en proceder del conjunto a los detalles.

Finalmente, hay que notar aquí, en el aspecto práctico, que la preponderancia del método histórico en los estudios sociales tiene también la feliz propiedad de desarrollar espontáneamente el sentimiento social, poniendo en plena evidencia directa y continua este necesario encadenamiento de los diversos acontecimientos humanos que nos inspira hoy, aun hacia los más lejanos, un interés inmediato, recordándonos la influencia real que ha ejercido en el advenimiento gradual de nuestra propia civilización. Conforme a la bella observación de Condorcet, ningún hombre culto pensará ahora, por ejemplo, en las batallas de Maratón o Salamina, sin apreciar enseguida las importantes consecuencias de ellas para los destinos actuales de la humanidad. sería inútil insistir más sobre tal propiedad que recibirá durante todo el volumen una aplicación continua explícita y, aun más, implícita. No es necesaria demostración formal alguna para comprobar la aptitud espontánea de la historia para destacar la intima subordinación general de las diversas edades sociales. Sólo importa, a este respecto, no confundir tal sentimiento de la solidaridad social con el interés simpático que deben excitar todos los aspectos de la vida humana y aun meras ficciones análogas. El sentimiento de que aquí se trata es a la vez más profundo—por resultar personal en cierto modo—y más reflexivo —como resultante sobre todo de una convicción científica—, por lo que no será convenientemente desarrollado por la historia vulgar en el estado puramente descriptivo; pero si lo será, y exclusivamente, por la historia racional y positiva tomada como ciencia real y que dispone el conjunto de los acontecimientos humanos en series coordinadas donde se muestra con evidencia su encadenamiento gradual.

Terminando esta previa apreciación general del método histórico propiamente dicho, como constitutivo del mejor modo de exploración sociológica, hay que subrayar que la nueva filosofía política, consagrando, tras un libre examen racional, las antiguas indicaciones de la razón pública, restituye a la historia la total plenitud de sus derechos científicos para servir de base indispensable a las especulaciones sociales, a pesar de los sofismas, demasiado acreditados aún, de una vana metafísica que tiende a desentenderse, en política, de toda consideración amplia del pasado.

El progreso social

(*Curso de filosofía positiva,* lección 47)

Los filósofos de la antigüedad, faltos de observaciones políticas suficientemente completas y extensas, carecieron de toda idea de progreso social. Ninguno de ellos pudo sustraerse a la tendencia, entonces tan universal como espontánea, de considerar al estado social de su tiempo como radicalmente inferior al de tiempos anteriores. Esta disposición era natural y legitima, ya que la época de estos trabajos filosóficos coincidía esencialmente—como explicaré después—con la de la necesaria decadencia del régimen griego o romano. Y esta decadencia, constituye un verdadero progreso como preparación indispensable para el régimen más avanzado de tiempos posteriores, no podía ser juzgada así por los antiguos, bien ajenos a sospechar tal sucesión. He indicado ya, en la lección precedente, el primer esbozo de la noción o, mejor, del sentimiento de progreso de la humanidad como atribuible al cristianismo, que, al proclamar la superioridad fundamental de la ley de Jesús sobre la de Moisés, había formulado la idea, hasta entonces desconocida de un estado más perfecto que reemplazaba definitivamente a otro menos perfecto, que, a su vez y tiempo, había sido también indispensable. Aunque el catolicismo no haga así más que servir de órgano general al desarrollo natural de la razón humana, esta preciosa labor no dejará de constituir para los ojos imparciales de los verdaderos filósofos uno de sus más bellos titulas, merecedores de eterno reconocimiento. Pero, independientemente de los graves inconvenientes de misticismo y vaga oscuridad, inherentes a todo empleo insuficiente para constituir un Concepto científico del progreso social, pues éste se hallaba cerrado por la fórmula misma que le proclama, por estar entonces irrevocablemente limitado del modo más absoluto, al advenimiento del cristianismo, más allá del cual la humanidad no podría dar un paso. Pero, estando ya, y para siempre, agotada la eficacia social de toda filosofía teológica, es evidente que esta concepción presenta para el porvenir un carácter esencialmente retrógrado confirmando una irrecusable experiencia que no cesa de cumplirse ante nuestros ojos. Observando científicamente se ve que la condición de continuidad constituye un elemento indispensable de la noción definitiva del progreso de la humanidad, noción que resultaría impotente para dirigir el conjunto racional de las especulaciones sociales, si representase al progreso como limitado por naturaleza a un estado determinado, ya hace tiempo logrado.

Por todo ello se ve que la verdadera idea de progreso, parcial o total, pertenece necesaria y exclusivamente a la filosofía positiva, a la que ninguna otra podría suplantar en tal sentido Sólo esta filosofía podrá descubrir la verdadera naturaleza del progreso social, es decir, caracterizar el término final, jamás realizable, hacia el que tiende a dirigir a la humanidad, y hacer conocer a la vez la marcha general de este desarrollo gradual. Tal atribución es ya claramente verificada por el origen totalmente moderno de las únicas ideas de progreso continuo que tienen hoy un carácter verdaderamente racional y que se refiere sobre todo al desarrollo efectivo de las ciencias positivas, de donde aquellas se derivan. La primera muestra satisfactoria del progreso general pertenece a un filósofo esencialmente dirigido por el espíritu geométrico, cuyo desarrollo, como tan frecuentemente he explicado, debía preceder al de todo otro modo más complejo del espíritu científico. Pero, sin asignar a esta observación personal una importancia que el sentimiento del progreso de las ciencias es el único que pudo inspirar a Pascal este admirable aforismo fundamental: «Toda la sucesión de los hombres durante la larga serie de siglos debe ser considerada como un solo hombre, que subsiste siempre y que aprende continuamente.» ¿Sobre qué otra base podía reposar antes tal noción? Cualquiera que haya sido la eficacia de esta primera visión, es preciso reconocer que las ideas de progreso necesario y continuo no han comenzado a adquirir verdadera consistencia filosófica ni a reclamar la atención pública sino a raíz de la memorable controversia del siglo anterior sobre la comparación general entre los antiguos y los modernos. Esta discusión solemne, cuya importancia ha sido hasta aquí poco apreciada, constituye, a mi entender, un verdadero acontecimiento en la historia de la razón humana, que por primera vez se abrevia a proclamar así su progreso. No es necesario subrayar que el espirito científico era el principal animador de los jefes de este gran movimiento filosófico, y constituía toda la fuerza real de su argumentación general, a pesar de la dirección viciosa que tenia en otros sentidos; hasta se ve que sus más ilustres adversarios por una contradicción bien decisiva, proclamaban preferir el cartesianismo a la antigua filosofía.

Por sumarias que sean tales indicaciones, bastan para caracterizar irrecusablemente el origen de nuestra noción fundamental del progreso humano, que, espontáneamente nacido del desarrollo gradual de las diversas ciencias positivas, aún halla hoy en ellas sus fundamentos más firmes. En el último siglo esta gran noción ha tendido a abarcar cada vez más el movimiento político de la sociedad, extensión final que, como antes indiqué, no podía adquirir verdadera importancia propia hasta que el enérgico impulso determinado por la revolución francesa manifestase profundamente la tendencia necesaria de la humanidad hacia un sistema político poco caracterizado aún, pero desde luego radicalmente diferente del sistema antiguo. Sin embargo, por indispensable que haya sido tal condición preliminar, está muy lejos de ser suficiente, ya que, por su naturaleza, se limita esencialmente a dar una simple idea negativa del progreso social. Sólo a la filosofía positiva, convenientemente completada por el estado de los fenómenos políticos, corresponde acabar lo que sólo ella comenzó, representando en el orden político, igual que en el científico, la serie integra de las transformaciones anteriores de la humanidad, como evolución necesaria y continua de un desarrollo inevitable y espontáneo cuya dirección final y marcha general están exactamente determinadas por leyes plenamente naturales. El impulso revolucionario, sin el que este gran trabajo hubiera sido ilusorio y aun imposible, no podría anularle en sentido alguno. Hasta es evidente, como expliqué en el capítulo anterior, que una preponderancia demasiado prolongada de la metafísica revolucionaria tiende, por diversos modos, a estorbar la sana concepción del progreso político. Sea como fuere, no hay que extrañarse ahora si la noción general del progreso social permanece aún vaga y oscura y, por tanto, incierta. Las ideas son todavía demasiado poco avanzadas a este respecto para poder evitar que una confusión capital que debe parecer a los científicos extremadamente grosera, domine habitualmente a la mayoría de los espíritus actuales: me refiero a ese sofisma universal, que las menores nociones de filosofía matemática deberían resolver en seguida, y que consiste en tomar un crecimiento continuo por un crecimiento ilimitado, sofisma que, para vergüenza de nuestro siglo, sirve casi siempre de base a las estériles controversias que diariamente se reproducen acerca de la tesis general del progreso social.

Conciliación positiva del orden y el progreso

(*Discurso sobre el espíritu positivo*)

Por lo pronto, no se puede desconocer la aptitud espontánea de tal filosofía para constituir directamente la conciliación fundamental, tan en vano buscada aún, entre las exigencias simultáneas del orden y del progreso, ya que le basta para ello extender a los fenómenos sociales una tendencia plenamente conforme a su naturaleza y que ha hecho ahora muy familiar en los demás casos esenciales. En un tema cualquiera, el espirito positivo conduce siempre a establecer una exacta armonía elemental entre las ideas de existencia y las de movimiento, de donde resulta, más especialmente para los cuerpos vivos, la correlación permanente de las ideas de organización con las de vida, y luego, por una última especialización propia del organismo social, la solidaridad continua de las ideas de orden con las de progreso. Para la nueva filosofía, el orden constituye la condición continua y fundamental del progreso; y, recíprocamente, el progreso viene a ser el objeto necesario del orden: igual que en la mecánica animal, el equilibrio y el progreso son mutuamente indispensables, como fundamento o como destino.

Especialmente considerado en cuanto al orden, el espíritu positivo le presenta hoy, en su extensión sociales poderosas garantías directas, no sólo científicas, sino también lógicas, que podrán juzgarse pronto como muy superiores a las vanas pretensiones de una teología retrógrada, cada vez más degenerada, desde hace siglos, en activo elemento de discordias individuales o nacionales, e incapaz de contener las futuras divagaciones subversivas de sus propios adeptos. Atacando al desorden actual en su verdadero origen, necesariamente mental, reconstruye, todo lo profundamente que puede, la armenia lógica, regenerando los métodos antes que las doctrinas por triple y simultánea conversión de la naturaleza de las cuestiones dominantes, del modo de tratarlas y de las condiciones previas de su elaboración.

Otro tanto ocurre, y con más evidencia aún, respecto al progreso, que, a pesar de las vanas pretensiones ontológicas, halla hoy su más indiscutible manifestación en el conjunto de los

estudios científicos. Conforme a su naturaleza absoluta y, por tanto, esencialmente inmóvil, la metafísica y la teología no podrán experimentar, apenas una más que la otra, un verdadero progreso, es decir, un avance continuo hacia un fin determinado. Sus transformaciones históricas consisten sobre todo, al contrario, en un creciente desuso, mental o social, sin que los temas debatidos hayan podido nunca dar un paso real, por razón misma de su radical insolubilidad.

Esta doble indicación de la aptitud fundamental del espíritu positivo para sistematizar espontáneamente las sanas nociones del orden y del progreso basta aquí para señalar someramente la alta eficacia social propia de la nueva filosofía general. Su valor, en este aspecto, depende sobre todo de su plena realidad científica, o sea, de la exacta armenia que establece siempre y en el grado posible entre los principios y los hechos, tanto para los fenómenos sociales como para todos los demás.

AUGUSTE COMTE: *Discurso sobre el espíritu positivo.* Madrid: Aguilar.

RENÈ HUBERT: *Comte. Selección de textos*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.